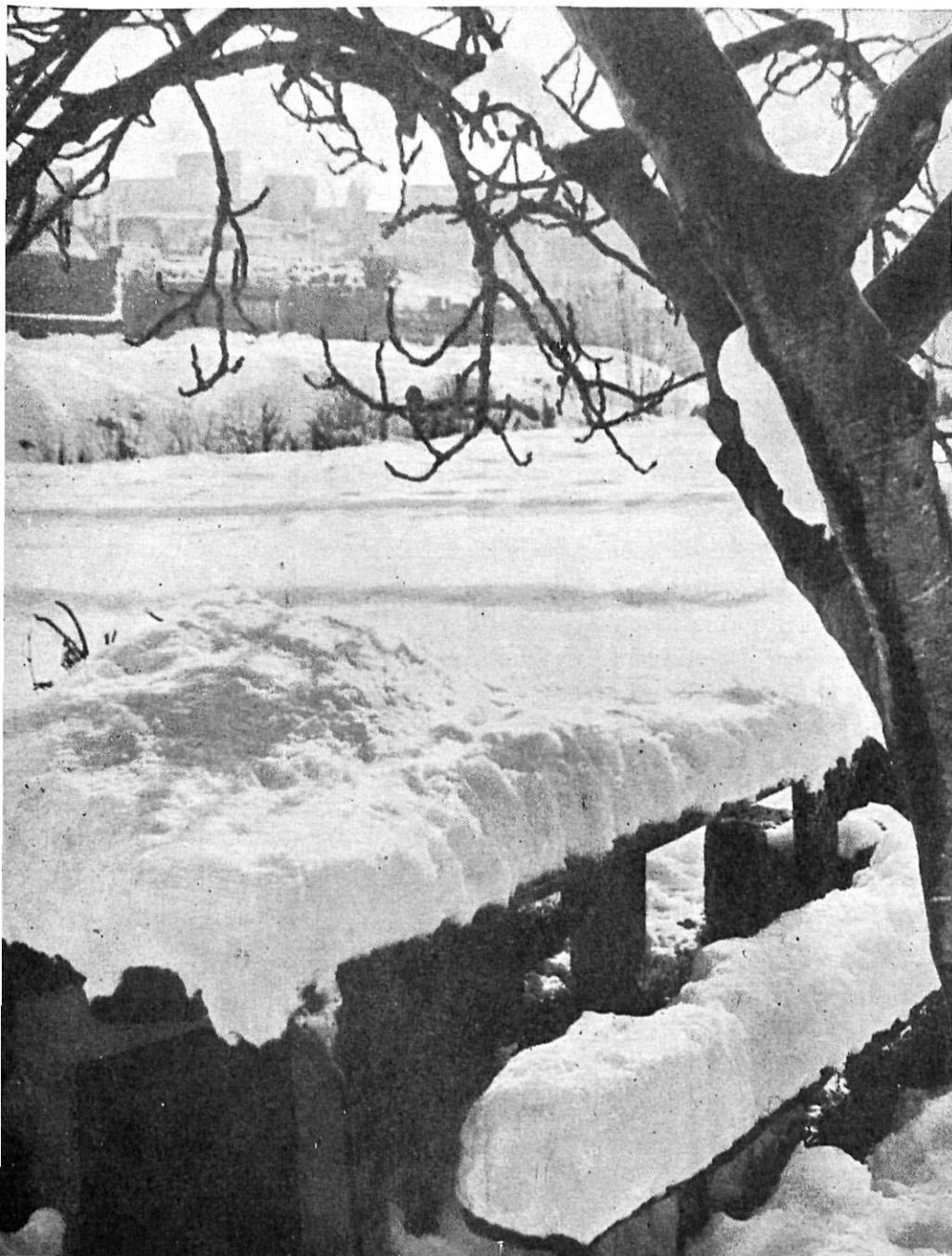


COLABORACIÓN

EL PERFIL DE UNA PROVINCIA

Por MIGUEL PÉREZ CAPELLA



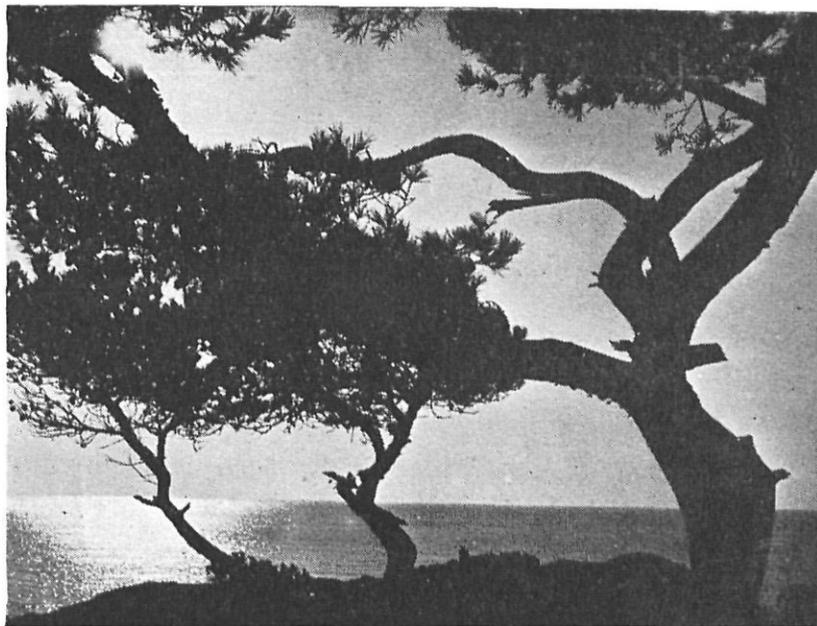
De las cincuenta mil Españas que se agrupan sobre esa rugosa piel de toro, solar de nuestros mayores, que es nuestra Patria, la que integra la Provincia de Gerona es, sin duda, una de las más hermosas. Y esto lo advierte, tal vez mejor, el que, viniendo de las otras Españas, asimismo variopintas y entrañables, se queda enamorado de la maravillosa conjunción



de montañas, llano y mar, que la conforma. Tierra antigua, de hondos acentos y arraigadas costumbres, constituye en la región catalana, me parece, la de más regio sabor y más acusada personalidad. Cierto es que, para el forastero que viene de otras regiones, puede aparecer, a primera vista, un poco huraña y cerrada, en su idiosincrasia y en su lengua, pero, al poco tiempo, la nobleza de sus gentes, unida a la gracia de sus tradicionales danzas y a la alegría de sus populares costumbres, le ganan a uno el corazón, haciéndose uno, también, la ilusión, de haber sido ganado para los gerundenses. Porque ya lo dijo José Antonio, que era ante todo un poeta: El problema de Cataluña es un problema difícilísimo de sentimientos. Porque España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por poseer un acervo de costumbres, sino por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres, en un destino universal, presidido por el amor.

Se ha dicho algunas veces que existen, en realidad, dos Cataluñas: La Cataluña rural o Pirenaica, la del tradicionalismo y el espíritu reservado y suspicaz, y la Cataluña ciudadana o mediterránea, la del progresismo y el espíritu abierto e imperialista. Pues bien, si ello fuera exacto, no cabe duda de que Gerona tiene un poco de una y otra. Entre sus Comarcas tradicionales —la Cerdanya, el Vall de Ribes, el Camprodón, el Ripollés, la Comarca de Olot, la Garrotxa, el Gironés, el Ampurdán y la Selva—, se reparte una Gerona costera que se mira en el mar Latino —y a la que unos tienen por griega y otros por fenicia de espíritu— y otra Gerona montañosa, pirenaica, almogávar, con tierras de pan llevar y de vides y olivos, muy semejante a las tierras de Aragón y de Castilla y que, en muchas cosas, recuerda a las de Asturias y a las de Santander. Y es que Gerona es como una España en pequeño, en su geografía y en sus gentes.

Alguien ha llamado a Gerona la Toledo catalana y, en efecto, ambas tienen calles espaldas, estrechas, y tortuosas, con nombres de antiguos gremios, caserones románicos y palacios medievales, templos venerables, restos de murallas y fortificaciones, una aljama, un barrio judío y una atmósfera densa y cargada de recuerdos turísticos.



Gerona, pirenaica y húmeda, tiene la melancolía de los inmensos y altos valles de la cordillera cercana que la envuelve con su invisible relente, arrebuándose en la neblina de sus ríos y arroyos.

Gerona, inmortal y heroica, es el símbolo del valor, del tesón y de la confianza en unos principios y en una fidelidad jurada, probadas cauntas veces ha sido necesario en la Historia.

Gerona, la de los Sitios, se opuso a las tropas de Napoleón y solo capituló tras una resistencia heroica que duró siete meses, cuando —según reza un viejo cronicón— en su interior “ya ni plantas ni animales daban fruto y no había mujeres encintas”. Es aquella cuyos hijos cerraban con sus pechos las brechas abiertas por la artillería francesa en la torre Gironella, en el fuerte de Santa Ana y en la torre de San Narciso, de las que pudo decirse que “no caían hasta que se les daba licencia”, y que en sus valerosas salidas, casi sin armas ni municiones, hacían perder a Napoleón 2.000 soldados, curtidos al sol de todas las victorias. Los gerundenses son aquellos que en Manresa, el 26 de noviembre de 1809 acordaron “borrar para siempre del catálogo de los verdaderos catalanes” al que no prefiriera, ante todo, “la salvación de la Patria”.

No en vano la Capital tiene los títulos de Muy Noble, Muy Leal, Fidelísima, Inmortal y Excelentísima Ciudad.

Gerona, con el Ampurdán, es la cuna de la sardana a la que alguien ha llamado “la danza más bella de todas las danzas”, la que se forma al conjunto del flabiol y del tamboril, del tiple y de la tenora, para renovar ecos ancestrales y hermanar pueblos, juntando manos, que dijo el Poeta.



Gerona es también la gloria y la apoteosis del arte románico, que trae la joya arquitectónica de San Pedro de Roda, triunfa en Besalú, en Ripoll, en San Quirico de Colera, en San Pedro de Galligans, en el claustro, magnífico, de la Catedral, en Beuda, en Porqueras, en Vilabertrán, en Lladó, en Peralada, en Breda, en San Miguel de Fluviá, en Cruilles, en Baget, en Canapost, en Bassagoda, en Camprodón, en... ¡para qué seguir!

Gerona es, por último y quizá ya para siempre, desde que Fernando Agulló la bautizó así desde los riscos de San Telmo, la Costa Brava, es decir, la belleza hecha paisaje. Porque España es hermosa, nunca nos cansaremos de repetirlo, pero la belleza grandiosa de la Costa Brava —tierra y mar en sinfonía de pinos—, es difícil de superar. Desde la punta de Cervera y la Cova Foradada, hasta la desembocadura del río Tordera, cerca de Blanes, donde se inicia la Maresma, todo el litoral es una sinfonía de nombres evocadores: Llansá, Selva de Dalt, Port de la Selva, Cala Portaló, Cala Culif, Port Lligat, Montjoi, Rosas, Ampurias, La Escala, Cala Pedrosa, Cala Ferriol, el Estartit, Sa Riera, Aiguafreda, Sa Tuna, Aiguablava, Fornells, Aigua Xelida, Sa Rubia, Tamariu, Llafranch, Calella, el Cap Roig, Font Morisca, Els Canyons, Cala Saniá, La Faixa Vermeille, Castell, S'Alguer, La Fosca, Cap Gros, Palamós, San Antonio de Calonge, Roques Planes, Cala Gogó, Playa de Aro, Sa Conca, Pinell, S'Agaró, San Pol, San Feliu de Guixols, Canyet, Salions, Givarola, Tossa, Punta Roquera, Cala Morisca, Lloret, Fanals, Santa Cristina, La Punta del Agua...

Sí, no cabe duda de que, de las cincuenta mil Españas que existen, Gerona es una de las más hermosas.

